

editorial

Tigres de papel

Entre los aspectos interesantes que la primaria batllista señala para la reflexión de los ciudadanos en general, no ocupa por cierto el último lugar el hecho de que el senador Jorge Batlle haya embestido contra un mito con fama de invicto, en la previsión de mucho, algo así como Don Quijote arremetiendo contra los molinos, con serio riesgo de quedar desparramado a la sombra de las aspas, maltrecho y sin cabalgadura para seguir adelante. Cuando de hecho los supuestamente inexpugnables obstáculos demostraron no tener más consistencia que fuertes de utilería, gigantes de carnaval, molinos de pega, o tigres de papel.

Noten que no decimos que esté demostrado que la propuesta de "vender el oro para pagar la deuda" haya sido la carta de triunfo del candidato triunfante en las internas. Ni siquiera nos interesa conjeturar que ese pueda haber sido el caso. Todavía podríamos estar dispuestos a conceder que las motivaciones dominantes en sus electores hayan sido otras. Aun así, no deja en modo alguno de estar demostrado que los mitos—pues según veremos en realidad eran dos los que con ademán terrorífico procuraron cerrarle el paso—no poseían más ferocidad que el toro Ferdinando o el león de la Tierra de Oz.

Antes de continuar nuestro discurso es preciso que nos detengamos a considerar un argumento, que oímos en un programa de TV, capaz de relativizar nuestra conclusión. Es el argumento, formulado enseguida de observarse que el resultado de la primaria no podría ser imputado con ningún grado de rigor a la propuesta sobre el oro—cuya falta de relevancia con la verdadera cuestión en juego acabamos de señalar—el argumento, decíamos, de que el senador Jorge Batlle había arriado parcialmente la bandera previamente izada, al calificar su iniciativa original en el sentido de que la venta no tendría por qué ser total. Tememos que quienes así razonaban no hubieran entendido plenamente de qué se trataba en tal cuestión.

En efecto, contraponer las proposiciones "debe venderse oro" y "debe venderse el oro" como si fueran abiertamente distintas, o aún opuestas, carece de sentido. Opuestas sí serían las alusiones a **vender el oro** o **no venderlo**, o **vender de él sólo una cantidad insignificante**. Pero la idea de vender oro en una proporción sustancial de nuestro actual acervo es necesariamente tributaria de la tesis de que nuestra política de reservas internacionales es irracional, implica el culto idolátrico a una reliquia bárbara, y debe ser sustituido por un criterio de gerencia de carteras financieras, arte esta para la cual **sin duda** la coexistencia en el patrimonio del BCU en grandes cantidades de un **stock** metálico que no reditúa y de un pasivo que sí lo hace para los acreedores, es insensato. Pero si bien esto es tan cierto como algo puede serlo, en modo alguno lo es igualmente que la proporción

óptima en que el oro deba figurar en la cartera financiera de nuestra autoridad monetaria sea **cero**. En las numerosas veces que—digamos—en la última década tratamos este tema—en nuestro sentir acuciante—no recordamos haber propuesto nunca la venta de la **totalidad** del oro. En cambio si recordamos, precisamente, haber hecho un estudio de la relación media entre oro y otros activos para una amplísima muestra de países—los más oristas (v.g. Francia, Suiza) incluidos—para proponer que vendiéramos la cantidad que nos hiciese tener una proporción igual a la media de esa muestra, sobre la base de que la conducta del gran número puede plausiblemente presumirse racional. En ese caso llegábamos a la conclusión de que debíamos vender 3/4 de nuestras existencias. Si restringiéramos nuestra muestra a los países menos desarrollados, tendríamos que vender más de 9/10. Pero una venta del 100% representa una posibilidad especialísima, que carece de mayor relevancia.

Después de esta necesaria digresión, retomamos el hilo de nuestro discurso. Para adelantar debemos especificar qué es lo que entendemos por **mito**. Entendemos por tal una proposición—v. gr.: "el oro con sólo estar soterrado en las bóvedas del BROU defiende nuestra moneda", o aún: "preserva nuestra soberanía"—que el ciudadano acepta por autoridad, porque la ha oído de gente que respeta, o la ha oído muchas, muchas veces, de muchos, muchos labios, sin guardar memoria de haber oído su contraria, lo que viene a tener el mismo efecto; sin embargo—segundo rasgo—se trata de una proposición absolutamente desprovista de fundamento. El primer aspecto la distingue de proposiciones que aquél entiende basadas en su experiencia vital, sensorial o no, en algo que ha visto o algo que ha sentido vibrar en su fuero íntimo. Estas suelen ser proposiciones que suscitan una adhesión superlativamente sólida, por más que algunas puedan ser tan demostrablemente falsas como los mitos; pero la diferencia se ve bien: nadie ha visto nunca, ni creído nunca ver, al oro, desde las entrañas de la tierra, defendiendo la moneda, ni ha sentido una voz íntima que misteriosamente le haya asegurado que la soberanía de la Patria depende de hallarse enterrados en cierto sitio tantos o cuantos lingotes amarillos. En los **mitos** cree la gente porque no sabe que es admisible no creerse en ellos, porque nunca ha oído una voz digna de fe controvertirlos. Apenas toma conciencia de una fidedigna contradicción, aquella proposición, con la que no se hallaba vitalmente consustanciada, el ciudadano la coloca sin titubeos entre signos de interrogación, o aun la expulsa de su conciencia, dependiendo lo uno o lo otro del grado de arraigo previo, y de la confianza que la fuente del ataque crítico le merezca. Por eso cambiar las ideas del pueblo es una función del liderazgo, y cambiar

las ideas de los líderes es una función de los intelectuales, entendiendo por éstos pura y simplemente los que hablan o escriben sin saber o querer llegar a las masas, y por aquéllos los que si tienen contacto directo con ellas y saben hablarles con autoridad.

En la distinción orteguiana de **ideas** y **creencias**, los mitos se cuentan ciertamente entre las primeras, aquellos elementos de la cultura que se asemejan al mobiliario, o a la mampostería, mientras las creencias proporcionan la estructura sobre la cual vivimos, soporte al mismo tiempo de las ideas que nos asisten en los menesteres cotidianos de la existencia. Sólo unos pocos grandes filósofos y fundadores de religiones han cambiado las creencias, pero menguado líder tendrá que ser aquel que no logre cambiar algunas de las ideas. Y como entre éstas las hay verdaderas, falsas pero verosímiles, y disparatadas, o **mitos**, son estas últimas sencillamente las más fáciles de cambiar.

Al embestir con éxito contra un par de mitos el senador Jorge Batlle demostró hallarse calificado para la empresa política en que está embarcado, pero es más interesante aún advertir que el candidato no sólo hizo eso, sino que además **eligió** la consiguiente demolición para ocupar el centro conceptual de su campaña. Nótese que tampoco ahora decimos que la gente lo haya votado por eso, pero sería estrictamente imposible describir el discurso reciente del senador Batlle sin adjudicar al tema del oro un lugar prominente.

Como decíamos más arriba, los mitos fueron dos: la intangibilidad del oro, por así expresarlo ahora brevemente, y la impagabilidad de la deuda. Este segundo es un mito joven, así como el otro es provector; en realidad, le hemos visto nacer, y hemos visto cómo le daban el biberón muy exaltados nodrizos, como diríamos si el masculino cupiera. "La deuda no debe pagarse"—enunció el retoño de mito—porque hacerlo no sería solidario con los vecinos, y "no se debe anunciar que uno va a pagar", novísima variante ésta, porque no se adelanta de balde al acreedor tal clase de información. De modo que si ves a tu vecino llamar a acreedores, lo ético es pedir tú mismo una moratoria, por más que con ello te revientes sin ayudarlo a él, y si quieres negociar con tus acreedores condiciones favorables de cancelación, debes abstenerse de informales acerca de tu intención de pagar, con lo cual cómo diantres vas a hacer que se sienten contigo a negociar, es un misterio impenetrable.

Así tal vez nazcan los mitos, impulsados por el interés de una coyuntura política, reclamados por una apretura dialéctica. En cualquier caso, con estricta prescindencia de la razón. Pero esta no es la hora de pensar en el nacimiento de un mito, sino en el bienvenido deceso de un par de ellos. ¡Albricias!